

LA MODISTA Y EL TAPICERO

Año I

Periódico decenal, literario, ilustrado.

Núm. 2.º

SUMARIO

TEXTO

LO QUE PASA

por A. Sánchez Pérez.

LA INAGUANTABLE HABLADORA

por Eduardo Bustillo.

LA DEDICATORIA DE UN LIBRO

por Luis Montoto.

MODAS ARTÍSTICAS

por Eduardo de Palacio.

LA VOCACIÓN

por Juan Maílo.

BALA... GUEO

por Fray Candil.

MENUDENCIAS

GRABADOS

ENTRE AMA Y DONCELLA

por Huertas.

LOS BOLSISTAS

por Polanco.

TIPOS POPULARES

por Gros.

EN EL ESTUDIO

por Mecachís.

Entre ama y doncella, por Huertas.



—¿Qué manda la señorita?

—Que no se te olvide presentarte con las cuentas de la modista y del tapicero cuando venga el Barón.



MADRID 11 DE MARZO DE 1890

LO QUE PASA

Pues, señor, lo que pasa es que está muriéndose medio mundo: Emperadores y artistas, escritores y Príncipes, magnates y burgueses; todos caen bajo la terrible guadaña de la muerte pálida, de quien dijo el poeta latino aquello de las torres y de las tabernas, que tantas veces se ha repetido y tantas ha de repetirse todavía. Por mi parte, no solamente renuncio á la cita de ordenanza, sino que renuncio también, contando con el beneplácito del lector, á dar noticias de fallecimientos... ¡qué demonio! (Ave María Purísima!) son tantos, que las crónicas, como las noticias de sociedad que se estilan ahora, iban á parecer galerías de difuntos. Al fin y á la postre, todos hemos de emprender el mismo viaje, y no hay por qué ni para qué compadecer ni envidiar á los que lo emprenden antes que nosotros. Benditos de Dios vayan y benditos de Dios vayamos nosotros cuando la hora nos llegue, pues sabido es que, como dicen los doctores que de estas cosas saben, el que aquí obra bien, se lo encuentra arriba.

En resumidas cuentas, pocos serán los fallecidos á quienes no cuadre aquella coplilla callejera que inventaron nuestros abuelos, y que, por anomalías de los acontecimientos, podrán tal vez aplicar nuestros nietos:

Quando un fraile se muere,
dicen los demás:
un enemigo menos,
y una ración más.

Calientes aún los cadáveres de algunos fallecidos ilustres, y excelentes y todo; no enterrados todavía los restos mortales del que fué en vida Excmo. Sr. D. Claudio Moyano, ya aparecen por los periódicos significativas indicaciones sobre si hay vacantes siete senadurías vitalicias... y no sé cuántos puestos en varias Reales Academias... Eso, eso... como el vulgo dice: *A lo que estamos, tuerta*, y «el muerto al hoyo, y el vivo al bollo.»

A bien que para los que no hemos de ser académicos reales, ni senadores vitalicios (ni aun temporeros), esas noticias... interesan poco; más nos interesa, por ejemplo, la aparición de un libro, la representación de una ópera ó la manifestación de cariño realizada en honra de un obrero del pensamiento...; por eso hablaría yo, por ejemplo, de la representación de *Juana la Loca*, del maestro Serrano; de los ocho juguetes que, en virtud de una apuesta hecha en el Círculo Artístico-Literario, han escrito unos cuantos poetas ingeniosísimos y mil veces aplaudidos con justicia; del banquete organizado para celebrar el nombramiento de socio honorario de la Asociación de Escritores y Artistas, hecho en favor de Julio Vargas, ese laborioso é inteligente maestro del periodismo español contemporáneo; de la preciosa novela *El pan nuestro*, á la que su autor, Sr. Lastra y Jado, llama, entre paréntesis (*historia vulgar*), y que tal vez sea, en efecto, vulgar como historia, pero que es peregrina y primorosa como colección de cuadros; mencionaría el importante trabajo del insigne Labra, de fecundidad portentosa, libro cuyo título, *Portugal contemporáneo*, revela, unido al nombre esclarecido del autor, su grande importancia y su sólido mérito, á más de la aspiración noble y patriótica que en cada una de sus páginas se respira; pero si voy metiéndome en honduras por estos senderos de la bibliografía, es claro que me separaré muy luego de la índole que debe caracterizar á trabajo como éste, y me expongo á que algún advertido me diga con mucha razón: «Zapatero, á tus zapatos...; gacetillero, á tus gacetillas; noticiario, á tu oficio; maese Langostino, á tu Crónica;» y para evitar ese varapalo muy merecido, me apresuro á seguir otra pista, y voy á dar nada menos que con la Memoria del Banco de España, que es una Memoria que tiene mucha miga; por ella sé—y por cierto que sin ella no lo habría sospechado siquiera—que el Banco tiene en sus cajas 102 millones de pesetas en oro! Imposible parece que teniendo tanto oro el Banco, circule tan poco ese precioso metal; aunque, bien mirado, creo que he padecido error en esto; pues lejos de parecer imposible, la cosa es lo más natural del mundo: si el Banco guarda en sus cajas tanto oro, es evidente que el oro no puede estar en otras partes, y la verdad es que ni por un Cristo se ve una moneda de oro; para ver alguna es preciso detenerse ante los escaparates de las casas de cambio ó ir al Senado, cuando el Sr. Maluquer quiere chasquear á Fabié. Se han acuñado, dice esa Memoria, monedas de oro de veinte pesetas; y digo

yo que sí se habrán acuñado, pero que no han llegado hasta mí todavía.

La Memoria de que voy hablando, y que es realmente un documento consolador y refrigerante, comienza diciendo que el Banco sigue su marcha próspera y floreciente (pues que sea muy enhorabuena, y que viva así cien años; diciendo lo mismo); y de que es próspera y floreciente, buena prueba es el hecho de que durante el año próximo pasado de 1889 ha obtenido un beneficio líquido de 34 millones de pesetas. ¡No es mal beneficio para un año! Pero dígame, y ¿quién habrá pagado y de dónde habrán salido esos 34 millones de beneficio?

Eso no lo dice la Memoria del Banco; mas yo me lo figuro... y ustedes también se lo figuran... y todos nos lo figuramos; máxime cuando leemos noticias como ésta: «En el Comedor de la Caridad fueron socorridas ayer 1.222 personas.»

Poco á poco, como dicen que hila la vieja el copo, vamos arreglando (mal por supuesto), eso del sufragio; habrá colegios especiales, no sé para qué, y no tendrán voto los de Filipinas, nadie sabe por qué, y las elecciones seguirán siendo lo que eran antes y un poco peor, y vamos andando. También dicen que se va componiendo en el Ayuntamiento de Madrid lo de los consumos, aunque es mucho más difícil de arreglar que lo del sufragio. Algún concejal ha propuesto que se arriende ese impuesto. ¡Caracoles! ¡Pues era lo único que nos faltaba! La cosa en sí es mala, muy mala, pésima... no puede ser peor; con que pónganle ustedes la añadidura del arrendamiento y autoricen al arrendatario para que vigile á su modo sus intereses, y ya no hay vecino de Madrid que tenga hora segura.

Ya sé yo en qué van á venir á parar estas discusiones: en que los madrileños comamos peor y menos y más caro...

Parece que nada de esto es ya posible en un pueblo en que pagamos para que se nos envenene ó se nos mate de hambre; pero ya verán ustedes cómo llegaremos á que el tósigo sea más repugnante y la muerte más dolorosa.

Pero no hablemos de cosas tan tristes ahora que «un naturalista ha descubierto en la boca del río Amazonas un pájaro que tiene cuatro patas.»

¿Quién sabe si este animal nuevo será, con el tiempo, utilizado para nuestra alimentación?

Aunque, según dice un amigo mío, la noticia no merece crédito, porque «si el animal es pájaro, no tendrá cuatro patas; y si tiene cuatro patas, no será pájaro.»

Y de ahí no hay quien le apee.

Ni quiero yo apearlo, ni agregar una palabra más á las ya escritas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA INAGUANTABLE HABLADORA

Gustóme un cuarto tercero de la calle de la Bola, y bajé, pronto á alquilarle, una escalera tras otra.

Hallé al paso á la portera que ya, lenguaz como todas (menos cuando la justicia de hechos que han visto se informa), antes de tomar las llaves, la fácil palabra toma, y esta relación me suelta, como quien suelta cien bombas:

—Sin que usted me diga nada, sé que el cuarto le acomoda... ¡Qué sala, qué gabinetes, y qué cocina y qué alcobas!...

—Pues además, caballero, sépalo usted desde ahora; tendrá usted unos vecinos que son muy buenas personas.

—En el entresuelo vive don Melquiades Lanzacorta, comandante de lanceros que hoy es jefe de remonta, y tiene tres hijas guapas y una mujer muy graciosa, que reciben... en visita á mucha gente de tropa.

—En el principal, un viejo que sufre un poco de gota y tiene un ama de llaves que es una soberbia moza,

que le hizo hacer testamento porque se ha olido las onzas y quiere que á los sobrinos no les deje ni una mota.

—En el segundo derecha, vive una viudita sola, que anda siempre de bureo y ella dice que de compras.

—En el de la izquierda, un primo de una actriz de éstas por horas, muy vestidas en la calle y en el teatro sin ropa.

—Al lado de usted... ¡Pues digo! Si es usted amigo de broma, va usted á divertirse mucho con las niñas de Mazorra.

—Son cinco, y las cinco cantan ó tocan alguna cosa, y los sábados reciben y arman unas ¡que da gloria!

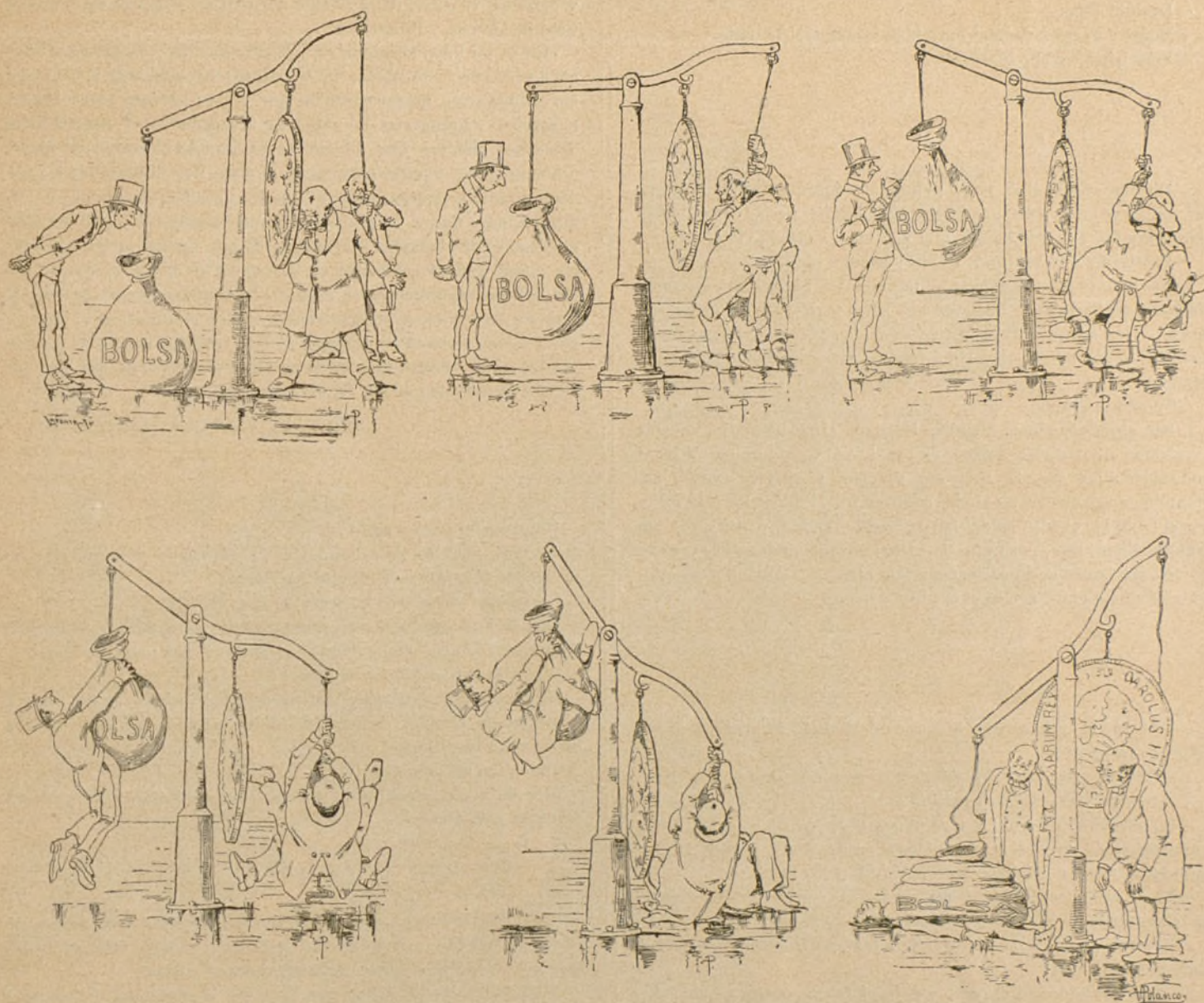
—Así se distraen las pobres; pues, por lo que oigo á la Eustoquia, la cocinera, comprendo por qué esas chicas no engordan.

—En el sotabanco... —¡Basta! grité al fin, harto de historias; y ahí quedan los pisos altos, pendientes de aquella boca.

Boca de manga de riego, que iuanda, y mancha, y enloda, cuando da pasto á su lengua la inaguantable habladora.

EDUARDO BUSTILLO

Los bolsistas, por Polanco.



LA DEDICATORIA DE UN LIBRO

I

—Romped la nema y leed, dijo el Duque.

El Secretario hizolo así.

—«Señor: Príncipe es vuestra excelencia inclinado á favorecer las artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo...»

—A lisonja me huele el comienzo,—interrumpió el Eclesiástico.

—Continuad.

—«Pobre de ingenio, y más pobre de fortuna...»

—¡Pedigüeño viene el tall!

—Lo habrá menester; que no se pide por pedir, sino para que den. Continuad.

—«... y más pobre de fortuna, imaginé la historia que pongo hoy bajo el amparo de vuestra excelencia, á quien con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico la reciba agradablemente.»

—¡Dedicatoria tenemos!—exclamó el Eclesiástico, interrumpiendo por tercera vez la lectura del pliego.—Vuestra excelencia hará lo que le venga en talante, pero yo le aconsejo que cierre oídos y bolsa á tanto autor pedigüeño como le importuna. No digo yo que los príncipes nieguen su auxilio á las letras; mas quiero que sea para las divinas, no para las humanas.

—Proseguid en la lectura del pliego.

—«Si acaso llegó mi nombre á oídos de vuestra excelencia, sabrá

que soy más versado en desdichas que en versos; y á más, que desde los primeros años de mi vida amé el arte de la poesía, y que soy el primero que ha novelado en lengua castellana.»

—¡Debería de pagar con las setenas!

—«... que ha novelado en lengua castellana; y no lo digo en son de jactancia, sino para que vuestra excelencia sepa que antes de ahora hice sudar las prensas. He determinado sacar á luz una historia...»

—Vuestra excelencia hará, como siempre, lo más acertado—interrumpió una vez más el Eclesiástico;—pero aquí debería el bueno del Secretario poner punto á la lectura de ese pliego, porque no desperdiciáramos el tiempo tan sin substancia.

—Decís bien. Leed otras cartas.

—De Gibraltón es ésta. Los vecinos piden á vuestra excelencia les ampare contra las demasías del comisionado Téllez, que fué allá con vara alta de justicia.

—Leed otra.

—De Benalcázar es estotra. Dicen que les apremian, y piden que...

—Se hará como lo piden.

—Los de Béjar pretenden que vuestra excelencia les condone...

—Sea como lo pretenden.

—Otra de Capilla...

—Acabad.

—Y otras dos de Curriel y Burguillos, en que...

—Contestadles como mejor proceda; y decid al autor de esa

historia, que pide le reciba agradablemente bajo mi protección...

—¡Dios tenga de su mano á vuestra excelencia!—exclamó el Eclesiástico.

—Decidle que...

—Vuestra excelencia hará muy bien en no decirle nada.

—Pues hágase como lo deseáis.

II

—Días ha escribí al de Béjar pidiéndole fuese servido de amparar con su nombre esta mal perjeñada historia; pero, como todos, tiene para mí, á lo que imagino, la voluntad, como la vista, corta.

—Escribidle una vez más. Pobre porfiado...

—Así lo haré por complaceros; aunque yo sé, mi señora doña Catalina, un tanto más que vos de estos achaques de príncipes. Acaso, y sin acaso, el Eclesiástico que en su casa gobierna le ha persuadido que no me oiga. ¡Dios pague á su caridad la que no tiene conmigo!

—Tomad la pluma.

—Sea, supuesto que lo queréis. Escribo: «Días ha pedí á vuestra excelencia me permitiera poner su nombre al frente de un mi libro que saldrá á luz cuando Dios sea servido, y vuestra excelencia, obrando cuerda y honestamente, no me ha contestado. Hubiese vuestra excelencia leído las aventuras del héroe de mi historia, y otro gallo me cantara. En mí está, por tanto, la culpa; porque en vuestra excelencia no cupo jamás la descortesía...» Por atrevido tengo el concepto; pero no sino andáos con aquí la puse. Firmo.

III

—Ved, ved lo que me dice el autor de la obra, á quien di la llamada por respuesta.

Y el Duque entregó al Eclesiástico la carta que acababa de leer.

—¡Atrevida y descortés la hallo!

—En verdad que no anduve yo muy cortésano con el autor. Vino á ampararse de mí y cerré mis oídos á su demanda. A fe, á fe que no le falta ingenio. ¿Habéis vos leído alguno de sus libros?

—No en mis días; porque á ser verdad lo que de él dice Lope, no tienen nada de divinos, y sí mucho de humanos.

—No sería malo oír la lectura de la historia que me recomendó. ¿Qué pierdo en ello?

El Eclesiástico torció el gesto y dejó al Duque con la palabra en la boca.

IV

—Leed algunas páginas de vuestro libro.

—Ya que vuestra excelencia lo manda, lo haré así como es de su deseo.

Pasaron las horas: el lector, leyendo; el Duque, escuchando, y el Eclesiástico dándose á los demonios.

De pronto el Eclesiástico púsose de mil colores, que sobre lo moreno (porque era moreno de cara) le jaspeaban y se le parecían, y dijo:

—¡Disparate es leer tales disparates!

Y, encarándose con el Duque, añadió:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que este hombre escribe.

Suspendió el lector la lectura de su libro, y dijo al Eclesiástico, temblando de los pies á la cabeza, como azogado:

—El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios.

Intervino el Duque, y por respeto callaron el Eclesiástico y el lector.

—Si tanto os importa—dijo el Duque á éste,—poned mi nombre al frente de vuestro libro.

V

«Al Duque de Béjar, marqués de Gibrleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curriel y Burguillos:

»En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra excelencia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado el sacar á luzal *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* al abrigo del clarísimo nombre de vuestra excelencia, á quien con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que, á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en la casa de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no contentándose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de vuestra excelencia en mi buen deseo, fío que no desdenará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.»

VI

Han pasado años y siglos.

Muchos pueblos no saben nada de España; y si saben algo, lo saben por Miguel de Cervantes Saavedra.

—España—dicen—es la tierra de *Don Quijote*.

Uno de mis hijos, á quien enseño á leer, dándole á deletrear *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, me preguntó ayer:

—¿Quién fué el Duque de Béjar?

He preguntado hoy, para satisfacer la curiosidad de mi hijo, á hombres de ciencia, de letras y de ley, y todos me han dado la llamada por respuesta.

Todos no; uno me dijo:

—El de Béjar fué el Duque á quien Cervantes dedicó la primera parte de *Don Quijote*.

VII

¿Cuál acogimiento y cuál honra hacía el Duque á toda suerte de libros? ¿Cuál fué la grandeza del de Béjar? ¿En qué favoreció á las buenas letras Príncipe tan inclinado á favorecerlas?

¡Pobre Cervantes! ¡Acaso mentiste con la esperanza de comer á expensas del Duque!

A pesar de todo, gracias á ti, Miguel de Cervantes, mi hijo, al abrir el libro inmortal que intitulaste *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, lee:

—«Al Duque de Béjar, marqués de Gibrleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde... etc., etc.»

¡Válgame Dios por el Duque! ¿Qué sería de su nombre si el bueno de Cervantes no lo hubiese escrito en el frente de su libro inmortal?

LUIS MONTOTO.

MODAS ARTÍSTICAS

Una de las artes que mejor reflejan el gusto de una época ó de un pueblo, es la pintura.

En pintura hay modas como en los vestidos.

Sucede alguna vez que un pintor proyecta y ejecuta un cuadro de gusto, pasado de moda, como hay individuo que estrena levitas y gabanes de estilo Calatrava, Argüelles y Mendizábal.

Viendo á alguno de los sujetos que visten de limpio y de nuevo prendas del corte de 1830 á 40, habrán pensado ustedes como yo:

—¿De dónde las sacará? ¿Dónde tendrá guardado el sastre?

Pues en pintura ocurre alguna vez lo mismo con varios cuadros. Pero la corriente arrastra á los más.

Hace cinco ó seis años, próximamente, el figurín ó los figurines para los pintores, eran:

«Majas y majos de principio de este siglo.»

«Incredibles» y «merveilleuxes».

Tipos populares, por Gros.



TEMPLANDO LA GUITARRA

(En el número próximo cantará.)

«Algún mosquetero» de presa, con cara *feroce* y aspecto de capitán de ladrones silvestres.

En seguida empezaron á usar los pintores, ó varios pintores, «chulas y toreros, alguna *ciociara*, y tal cual soldado raso.»

Pero todo en tamaño microscópico, y en marcos de «gran espectáculo», dignos de mayores lienzos.

«Una chula hablando con un chulo.»

«Una sevillana convencional, pelando la pava con un *barbián*.»

«Una *juerga flamenca*.»

Estos eran los interesantes asuntos de los cuadros.

Pintar algo serio, era desentonar.

Pero aquello pasó.

El gusto moderno que, si no rechaza el drama en el teatro, por lo menos le protege con su ausencia, se deleita viendo las galerías fúnebres en las Exposiciones de Bellas Artes.

Figurines sangrientos.

«La muerte de D. Fadrique, en salsa roja.»

«La Saint-Barthélemy, con personas de muerte.»

«Destrucción de Nínive con fuegos artificiales, personas voladoras, involuntariamente, y despedazadas por compromiso.»

«Últimos momentos de Carlos I, Felipes II, III, IV y V, y de sus respectivas familias.»

Y otros de igual importancia y lucimiento.

Todo esto con ensañamiento, riqueza de accidentes y pormenores repugnantes, y en lienzos de tamaño sobrenatural.

Parecen telones para una revista con música de Chueca.

Y puede decirse que cada cuadro tiene su título particular.

Como mucho lienzo es difícil de llenar, ó de llenar bien, rara vez se halla cuadro completo.

Es decir, artísticamente considerado, que, por tamaño no sólo son completos, sino sobrados.

Conozco á uno que pinta, y no me propaso á titularle pintor, que está devorando en silencio ó pintando en secreto un cuadro de veinticinco metros de altura por veinte de ancho.

Representa la creación del mundo, por días y por *objetos*.

Entran en la composición Adán y Eva y sinnúmero de animales más, unos domésticos y otros feroces: éstos encadenados para que no acometan á los espectadores.

En opinión de otro artista, que ha sorprendido el secreto, el lienzo ha de resultar pálido y falto de acción.

—¡Pálido! exclamó asombrado el autor de tantos animales.

—Si pudiera usted colocar en primer término á los hermanos Abel y Caín...

—¿Trabajando en el trapecio?

—En el acto de la *interfección* de Abel por Caín.

—Es verdad: y en segundo término el cadáver del pollino que proporcionó al asesino el arma fraticida?

Sé de otro (no fraticida ni pollino) que pinta un cuadro de magia.

Una parte del lienzo es transparente, y cuando le exhiba su autor habrá constantemente una persona colocada detrás, para imitar el relámpago con resina en polvo y una luz.

El asunto del cuadro es «un siniestro marítimo.»

El buque náufrago es de movimiento, y algunos infelices que luchan con las olas, en el primer término, mueven los labios y abren y cierran los ojos.

No les falta más que pedir auxilio ó declarar ante el juez de guardia el nombre del autor del crimen.

Ya sé yo que el género es simpático para la muchedumbre.

Asuntos con cadáveres en su propia salsa, son muy del gusto de ciertas personas serias.

Pero, hombres, ¿por qué no han de pensar ustedes en otros asuntos, aunque sean dramáticos y aun cuando no lo sean, sin personajes de muerte ó interfectos, y sin vino de Valdepeñas por los suelos, ni féretros, ni tumbas, ni *timbas*, ni blandones?

Porque eso es pintar prospectos para *The Funeral*, y no cuadros.

Ahí está, digo, allí, en París, arrepentido de aquella grandeza del *Spoliarium*.

Y Luna, lejos de arrepentirse, puede estar soberbio de su obra *Los arrastrados*, como denominaba un amigo al hermoso lienzo del genio filipino.

Pero se arrepintió.

Pintó á Himeneo, y se casó en seguida.

EDUARDO DE PALACIO.

LA VOCACIÓN (1)

(Conclusión.)

Seis años más han pasado, si no mienten mis recuerdos. La escena en París. Dos hombres... mejor dicho, hombre y espectro; todo vigor en el uno; el otro sólo un pretexto para que resida un alma en una cárcel de huesos. ¿Sitio? Un salón de pinturas. ¿Motivo? Admirar el lienzo que por votación unánime mereciera el primer premio. ¿Hablan? Oigamos su diálogo. —Conde, es asunto resuelto. Compro el cuadro. —¡Qué locura! ¡Diez mil francos! —Dado el mérito, juzgo la suma mezquina. ¡Qué dibujo tan correcto, qué vigor, qué colorido, y qué asunto tan patético! Inspiración, arte, gusto... ¡Es todo un genial destello! No vacilo. ¿Me acompaña?... —Ya que se obstina... —No entiendo por qué es usted refractario á un Arte tan noble y bello, ni que así calle... —¡Hay mutismos que son cráteres abiertos!

Tenía el pintor su estudio de París casi en el centro. Boulevard Voltaire, decía el catálogo. Lleguemos. Un vasto paralelogramo. Tapices, armas, floreros, panoplias, bajo-relieves, bustos, estatuas, bocetos, apuntes, fotografías; lo arcáico y lo moderno en artístico desorden. En el ángulo derecho, volúmenes apilados de Esquilo, Platón, Homero, Shakespeare, Calderón, Cervantes, Bossuet, Sócrates, Terencio, Aristófanes, Plutarco, Lord Byron, Milton, Quevedo, Herrera, Rioja, Tirso, Alarcón, Lope, Moreto, Goethe, Ariosto, Petrarca, Boccaccio, Dante y Lucrecio. ¡Todo el espíritu humano condensado! Algo más lejos la decoración completan dos juguetones chiclelos de sonrosadas mejillas y ensortijados cabellos, y una mujer bella y joven que muestra el nevado seno con ese impudor sublime de la madre que, al ser tierno, con el jugo de su sangre da su cariño supremo. Contempla el padre este grupo con extático embeleso, con la paleta en la mano, los pinceles en suspenso,

respirando amor y dicha. Su noble rostro es correcto, y simpatía le presta el melancólico sello de su varonil semblante, tras cuyo perfil enérgico y soñadora mirada se va palpar el genio. Envidioso de este cuadro, del sol un rayo indiscreto besa con su luz espléndida el conjunto sobrio, excelso.

Penetran dos visitantes, corre el artista á su encuentro, y dos gritos simultáneos se escuchan: «¡Padre!» «¡Roberto!» Pasa un segundo. —¡Perdóname! Habla por mí desde el cielo mi adorada madre. —¡Ingrato! ¿No ves que me estoy muriendo? Palpitantes, conmovidos dánse un abrazo frenético y confúndense un instante risas, lágrimas y besos!

—¡Eres digno de mi raza! Ya no luto ni protesto, y llévase el diablo pronto tantos escrúpulos necios, con tal que Dios no me robe las caricias de mis nietos, para que cierren mis ojos tras de mi postrer aliento! —¡Abuelito! Es mi abuelito— los dos niños repitieron, y con infantil audacia colgarónse de su cuello. ¡Algo ignoto, algo celeste, del anciano el rostro austero iluminó! No halló frases, mas de sus párpados secos las lágrimas indiscretas en abundancia corrieron. La inocencia es vengadora y el candor es su secreto. ¡Tomad, si es que osáis á tanto, por asalto el sentimiento!

Después... La crónica añade que los años transcurrieron, y que el inflexible conde, por vengarse de sus yerros, hizo religión del Arte. y le dió su alma por templo. Resumen: nuevas conquistas de la razón y el derecho, declaración de un vencido, iluminado un cerebro y, sobre ídolos pasados, pedestal de ideales nuevos!

La vocación vence; es terca de la antinomia á despecho, que la idea es ariete porque es luz. ¡Paso al progreso!

JUAN MAILLO.

BALA... GUEO

No: no crea D. Víctor Balaguer—poeta con *dengue* crónico—que eso de decir sandeces es cosa de tontos. Entre los caracteres que distinguen al genio (¿Usted genio? ¡Las ganas!) señala Lombroso, en libro que Balaguer no ha leído, la *sottise*, que dicen los franceses, ó la necedad, que decimos nosotros.

La *Ilustración Española y Americana*... ese Clarín de los Segismundos de allende y aquende el mar, *tose* las siguientes *hojas sueltas* de D. Víctor. ¡Valiente regalo de Pascuas el que hace *La Ilustración* á sus *constantes favorecedores*!

Expectora D. Víctor (ya se sabe que tiene el dengue):

«¿Cuándo abrirás los ojos?» me decían mis amigos un día y otro y otro:

(prosa, prosa y prosa)

y así me perseguían y apremiaban

(como cobradores de contribución)

con la misma canción, todos á coro, hablándome de intrigas y miserias, de engaños y de dolos.

(1) Véase el número anterior.

(¡Señores, cuidado que todo esto es pedestre!)

«Ya tanto me dijeron y me instaron,

(No parece si no que D. Víctor está hablando en familia, al amor de la estufa.)

que al fin me decidí y abrí los ojos.

(fin, decidí, abrí: un primo carnal y dos hermanos; quiero decir, un asonante y dos consonantes en un solo verso. ¡Qué oído... de cañón!)

Mientras los tuve abiertos, no vi nada;
fué cuando los cerré que lo vi todo.»

¿Ustedes entienden algo? Cerraremos los ojos á ver si damos con la filosofía bronquial de estas estrofas acatarradas.

Otra rima de D. Víctor (que sería poeta... si tuviese inspiración, dicho sea recordando una frase cáustica de Heine):

La vida es luz y amor..

(cada cual habla de la feria...)

...Desde las sombras
pasamos á la cuna en un momento,

(¡qué profundidad de... pozo seco!)

y de la cuna, que es amor y vida,
al sepulcro, que es muerte y es silencio.»

Pero... ¿acaso hay sepulcro que no sea muerte? Tome usted coci-
miento de líquen, D. Víctor, á ver si se le quita esa tos poética.

Sigue tosiendo Balaguer:

«Tres cosas hay que amar en este mundo,

(Esto ya no es dengue, es muermo.)

porque unen la belleza á la bondad
(¡qué necesidad!)
y á las tres hay que amarlas con delirio
(y encenderlas un cirio)
ya que amar de otro modo no es amar.

En el estudio, por Mecáchis.



—Aquí me tienes: para la próxima Exposición preparo este lienzo representando el cementerio de San Isidro, y estoy muy satisfecho de mi obra, porque todos los que la ven me dicen que, en general, *carece de vida*. ¡Qué más puede pedírsele á un cementerio!



—Servidor de usted: tengo entendido que piensa usted hacer un cuadro representando á Adonis, y vengo á ver si puedo servirle para modelo.

(¡Y este hombre es académico de la lengua! ¡Y ha sido ministro!)

Yo á las tres adoré toda mi vida:

(Esto parece una charada.)

las flores, la mujer, la libertad.»

Crean ustedes que Grilo, con todo de ser tan malo, no vomita tantas vaciedades. ¡Oh, D. Víctor, es usted un tonto de capirote!

Balaguer, estornudando á matarse:

Era una noche deliciosa y bella,

(O, como dijo el otro:

sale la luna vomitando estrellas.
¡Ay, ay, ay, qué bella!
de cielo azul espléndido y sereno.

(Este verso me recuerda á esos perros sin amo que andan por las calles á media noche. Siguen á todo el mundo, y luego se van. Es un verso que sigue á todos los poetas ramplones.)

Cruzar de pronto vimos y correrse

(¿de vergüenza?)

una estrella fugaz. Entonces, creo,
cuando tú me dijiste con la dulce
expresión melodiosa de tu acento:

(¿amoríos tenemos, eh?)

«Tal vez esas estrellas que se corren
son estrellas que caen de los cielos.»

(Siendo estrellas, ¿de dónde habían de caer? ¿O cree D. Víctor que las estrellas caen de abajo arriba?)

Ultimos *desgarros* de D. Víctor:

«¿Es mi amor un delito, un crimen? DIME,
¡Oh tú, Señor, de tierra y cielo rey!
si es tu ley el amor, ¿cuál es mi CRIMEN?

(Dime y crimen no son consonantes. Que conste.)

Y si es crimen mi amor, ¿cuál es tu ley?»

Ea, renuncio á seguir asistiendo á este atacado de la gripe. ¡Que se le lleve el diablo! No merece un mal sudorífico.

FRAY CANDIL.

MENUDENCIAS

Desde el presente número está encargado de la venta en Madrid de EL POBRECITO HABLADOR, D. Emilio Braña y Navarrete, Plaza de Pontejos, *Kiosco Nacional*.

En el próximo número, además de la Crónica del Sr. Sánchez Pérez, se publicarán, entre otros, artículos de los señores Alas (*Clarín*) y Frontaura.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

THE UNDERWRITING & AGENCY ASSOCIATION LIMITED

COMPUESTA PRINCIPALMENTE DE MIEMBROS ASEGURADORES DEL

Lloyd Inglés.

COMPAÑÍA DE SEGUROS MARÍTIMOS, FLUVIALES Y TERRESTRES

AGENTE APODERADO EN MADRID

JUAN COLL Y BRUSEL

Calle de Cedaceros, núm. 14, principal.

Esta acreditada é importante Compañía, efectúa toda clase de Seguros Marítimos y las remesas por correo, ferrocarril y transporte marítimo de toda clase de valores como *metálico, billetes de Banco, cupones, títulos de la Deuda, acciones* y cuantos documentos representen un valor. Las ventajas que esta Compañía ofrece á sus asegurados, tanto para el riesgo marítimo como para el terrestres, son las siguientes:

Economía en la prima del seguro. Responsabilidad de toda clase de riesgos, incluso el de robo, incendio, pérdida por accidentes á los trenes y buques y cuanto constituye fuerza mayor. Facilidad para efectuar los seguros. Facilidad para el cobro del valor asegurado en caso de pérdida.

El objeto de la Compañía al establecer Sucursal en España, es á mas de extender sus operaciones, facilitar á las numerosas personas que hasta ahora han asegurado en Inglaterra por medio de sus corresponsales, puedan efectuarlo directamente en sus respectivas localidades, ofreciendo á sus asegurados las ventajosas condiciones de la póliza conocida por LLOYD'S POLICY y evitando así la dificultad que muchas veces se ha presentado de que algunos receptores ó banqueros no hayan querido aceptar giros contra *mercancías vendidas, costo flete y seguro*, á no ser que la póliza remitida sea la ya mencionada del **LLOYD INGLÉS**.

También asegura á las condiciones de las pólizas de las demás Compañías tanto nacionales como extranjeras, caso de ser preferidas por los asegurados. Los siniestros se pagarán en el punto que designen los asegurados.

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO DECENAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Se publica los días 1.º, 11 y 21 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España.

Trimestre.....	2	pesetas.
Semestre.....	3,50	id.
Año.....	6	id.

Ultramar y extranjero.

Año.....	12	pesetas.
----------	----	----------

PRECIOS DE VENTA EN ESPAÑA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	id.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN EN MADRID

Librerías de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, y de D. Miguel Guijarro, Preciados, 5; *Kiosco Nacional*, Plaza de Pontejos, y *Administración de este periódico*, Apodaca, 7, segundo izquierda.

Pagos adelantados.

Horas de despacho: De diez de la mañana á una de la tarde, y de siete á diez de la noche.

Único representante para la venta en Madrid:

D. Emilio Braña y Navarrete, Plaza de Pontejos, *Kiosco Nacional*.

Martínez y Torres.

COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Calle de San Miguel, núm. 19, bajo izquierda.

«Northern» Assurance Company.

LONDRES-ABERDEEN

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y SOBRE LA VIDA

ESTABLECIDA EN 1836

Premios incendios.....	£	615.000	} Año de 1889.
Id. vidas.....	£	203.000	
Intereses.....	£	149.000	
Fondos acumulados.....	£	3.581.000	

AGENTE APODERADO

JUAN COLL Y BRUSEL

Cedaceros, 14, Madrid.